

# UM SA<sup>c</sup>D

GASSĀN KANAFĀNĪ

*Introducción y traducción del árabe  
por Adriana Sanguinetti. UNAM.*

La resistencia palestina no se expresa únicamente a través de la lucha armada. Sin embargo, esta es su forma de expresión más conocida. Los medios de difusión, más o menos ampliamente, con mayor o menor veracidad, informan acerca de una de las situaciones de conflicto en la actualidad. Las noticias del discurso de Arafat en la ONU, de los atentados de los terroristas, de las incursiones israelíes a territorios árabes, del viaje de Sadat a Israel, etc., han ayudado a sensibilizar la opinión pública respecto de un problema que hasta hace una década o quizás menos era prácticamente ignorado. Pero sólo respecto a una parte del problema: el de su desarrollo y trayectoria externa.

Mientras tanto seguimos desconociendo la realidad palestina. El pueblo palestino no es al-Fatah, no son sólo los fedayines. No resiste sólo luchando. Resiste permaneciendo y expresándose. Es justamente en este plano que el mundo, en especial el latinoamericano, sigue ignorándolo.

A pesar de que ya es lícito hablar de una literatura específicamente palestina, dotada de una vitalidad y calidad propias, a pesar de que las voces de los escritores se elevan cada vez con mayor urgencia, este fenómeno expresivo sigue fuera del ámbito literario no especializado.

Y sin embargo es a través de él que podremos llegar a una comprensión más auténtica de este pueblo, tal como es ahora, tal como viene siendo desde siempre. Y comprender al mismo tiempo las verdaderas dimensiones de esta tragedia.

Ciertamente los palestinos poseen una identidad madura en tanto pueblo. Se ha discutido largamente si dicha identidad existía o no antes de la ocupación sionista. Definitivamente sí existía. Quizás estuviera constituida por elementos diferentes de los que la constituyen hoy en día. Tal vez no fuera propiamente nacional. O sería mejor decir que era embrionara, que no tenía perfiles netos. Sin embargo, no se le puede negar su vigor actual.

Creo que la literatura palestina nos da la prueba de la existencia de dicha identidad. Y al mismo tiempo creo que, en otro plano, se suma a la anterior discusión como un argumento de peso. Aduce razones, abre visiones, que escapan a los planteos puramente ideológicos. La literatura palestina no va en busca de una conciencia nacional. Es evidente que la posee de antemano.

Y entonces se habla de *literatura de la resistencia palestina* y no de literatura palestina a secas. ¿Es esta una denominación como tantas, o sirve a modo de definición? Me inclino por lo segundo, pero con una salvedad. Quien no conozca los textos, quien no esté familiarizado con ellos, pero en cambio esté al tanto del derrotero de la lucha armada, se verá tentado a atribuir a este fenómeno expresivo un carácter agresivo, de denuesto e injuria, que en la realidad le es totalmente ajeno.

Nada más lejos de esto. Ni panfletaria, ni propagandística. Si la literatura palestina es *denuncia* lo es por que antes que nada nos muestra el cuadro de un pueblo en su realidad cotidiana. Nos ofrece un mundo integrado, familiar, con sus relaciones patriarcales, sus campesinos pobres y sabios a su manera. El profundo arraigo a la tierra, el apego al olivo y al naranjo. La ruptura de ese ámbito total, el corte del vínculo del hombre con su medio torna más dramático el presente y pinta con más fuerza la injusticia del sionismo, en su avidez por la tierra. Más que invectiva contra el enemigo (aunque no se pueda negar que ésta exista) es lamento por lo perdido, *mea culpa* por lo que se dejó perder. Resistencia significa así luchar desde el in-

terior, manteniendo vivo el fundamento de la propia existencia.

Es curioso que la principal contribución a la literatura palestina provenga de la poesía. Quizás sea porque dentro de ese instinto de conservación de valores originarios se recurre intencionalmente a un género de larga tradición en la expresión literaria árabe. Quizá también por ser una forma de expresión más concisa, más directa y más totalizadora. Hay toda una generación de poetas, cuya obra empezó a difundirse a finales de la década de los sesenta. Poetas que nacieron en Palestina y que vivieron de niños el éxodo, cuyas trayectorias particulares difieren pero en su esencia última son acordes.

Nombres como Mahmūd Darwiš, Samih al-Qāsim, Tawfiq Zayyad, Sālim Yubrān son ya notorios dentro de esta generación. Y poco a poco los vamos conociendo.<sup>1</sup> Por el contrario es magro el cultivo de géneros como el teatro, la novela o el cuento corto.

Tal vez por eso Gassān Kanafāni no ha atraído la atención de traductores y editores. Y creo que esta es una buena ocasión para presentarlo. En su figura se resumen los valores del hombre político y los del escritor comprometido.<sup>2</sup>

Kanafāni nació en Acre en 1936, en el seno de una familia de clase media. 1948 marcó el inicio de su éxodo, primero a Líbano y luego a Siria, donde vivió de adolescente la experiencia de los campamentos, enseñando en las escuelas de la UNRWA.<sup>3</sup> Una nueva partida hacia Kuwait. Su encuentro con George Habaš. Su regreso definitivo a Beirut y el comienzo de su carrera periodística. Al-Muharrir y Al-Anwār lo contaron entre sus filas. Finalmente lo encontramos como editor en jefe de Al-Hadaf, órgano del

<sup>1</sup> Una antología básica y de excelente calidad es la del doctor Pedro Martínez Montavéz, en colaboración con Mahmūd Sobh: *Poetas palestinos de resistencia*, Madrid. Casa Hispanoárabe, 1967, 188 pp.

<sup>2</sup> Una figura semejante es la de Tawfiq Zayyād, el alcalde árabe de Nazareth.

<sup>3</sup> United Nations Relief and Works Agency.

FPLP, del cual fue más tarde vocero oficial. En 1972 una bomba israelí acabó con su vida.

A su vasta obra de periodista se suma una importante producción novelística: sus tres novelas, *Riyāl fi-l-šams*, *Mā Tabaqqā lakum*, *'a'id ilā Haiifa*, innumerables cuentos (más de cincuenta) y una pieza de teatro.

Si en esta ocasión hemos elegido Um Sa'ād (una serie de cuentos cortos centrados alrededor de un personaje) para presentar la obra de Kanafānī por un motivo: Um Sa'ād, en tanto obra total y en tanto figura, condensa la producción y la visión particular de Kanafānī. Um Sa'ād es un símbolo. Un símbolo del campesino desposeído. Y un símbolo del ser y el actuar de toda la clase palestina.

La novelística de Kanafānī no pretende resumir la gesta palestina. No es una crónica de la lucha organizada. Es la historia mínima que escriben los individuos pequeños luchando por permanecer y por contribuir al retorno con sus acciones espontáneas. Curiosamente Kanafānī es un hombre que se encuadró políticamente, que valoró las formas de lucha organizada. Y sin embargo, no restó significación, o más bien entendió la importancia del pueblo que por el solo hecho de existir en lo cotidiano colabora con la causa palestina. Quizá por ello sus novelas tengan pocos elementos autobiográficos. Quizá por eso el autor-individuo aunque presente por momentos, permanece como expectador —a veces desconcertado. Kanafānī no sabe cuánto compartió con Um Sa'ād, pero sabe que de ella aprendió todo, sabe que es la fuente permanente de su visión política.

Um Sa'ād es una campesina. Su mundo anterior, el de Palestina, es un mundo sin fisuras. Nunca se sintió parte de los explotados. Hasta ahora. Entonces Kanafānī abandona, en sus textos literarios, los análisis políticos porque las realidades de clase en la Palestina previa a 1948 no son significativas para la identidad actual. Aquel elemento de consustancialidad del que hablamos es lo que permanece hoy en día y es lo que el palestino siente como virtud propia.

Se dice con frecuencia que nuestro autor ha pintado magistralmente al campesino palestino en su modo de hoy pero también en su modo pasado. Y sin embargo, no hay en su obra descripciones acabadas del ambiente aldeano, de las faenas del campo. El ámbito que describe es, antes bien, el de los campamentos, el de los submundos. Las tareas del palestino son las que realiza en medio del barro, de la mugre, de la miseria.

Empero, y esto es evidente con mayor claridad en *Um Sa'd*, hay ciertos elementos definitorios, que no dejan lugar a dudas sobre la identidad de los caracteres. La permanencia del traje austero, la acostumbrada solidez de la figura acuñada por el trabajo difícil, la piel misma que parece tierra. Es que el cuerpo todo es la tierra. También el conocimiento profundo de las cosas. Y la vida semejante a la del árbol que extrae su alimento de lo profundo de la tierra y "da muchísimo". El árbol es, en toda la literatura palestina, un permanente símbolo recordatorio. Es símbolo de la tierra perdida pero es también símbolo de la permanencia y del arraigo del hombre. Es el hombre mismo.

A *Um Sa'd* le duele la derrota pero la lleva a cuestas con simplicidad. A *Kanafáni* le duele la derrota y lo expresa con la misma simplicidad. En su discurso no hay retóricas, no hay formas expresivas rebuscadas. Su estilo es tan íntimo y nítido como el ámbito del que nace. Su voz pareciera que apenas se deja oír. Y sin embargo, es máxima su fuerza. Quizá porque es el testimonio del amor herido. Del amor injuriado. Y no del odio o de la violencia.

### *Prólogo*

*Um Sa'd* es una mujer de carne y hueso. La conozco bien. La veo siempre. Converso con ella y aprendo de ella. Nos une algún tipo de parentesco. Y sin embargo, no es eso exactamente lo que la hace una escuela viviente. El vínculo que nos une es algo trivial si se lo compara con su relación con esa clase valiente, desgarrada y mísera,

arrojada en los campamentos. Allí viví con ella pero no sé cuánto compartí.

“Aprendemos de las masas y les enseñamos. Sin embargo, me parece que aún no nos hemos graduado en la escuela de las masas, verdaderas y eternas maestras. En la claridad de sus opiniones ellas hacen de la revolución algo inseparable del pan y del agua, de las manos explotadas y de los latidos del corazón.”

Um Sa'd me enseñó muchas cosas. Casi me atrevo a decir que cada letra de estas historias fue sacada de sus labios, palestinos a pesar de todo. De esas manos sólidas que siguen, a pesar de todo, esperando las armas después de veinte años.

Sin embargo, Um Sa'd no es una mujer única. Pero si no fuera cuerpo, mente y explotación en medio de las masas, en el centro de sus preocupaciones, si no fuera parte inseparable de la realidad cotidiana, no sería lo que es. Sólo por eso su voz ha sido siempre para mí la voz de esa clase palestina que pagó muy alto el precio de la derrota.

Y que aún está en pie bajo el cielo estrecho de la miseria, en la primera fila de la batalla, y que paga y sigue pagando más que todos.

### *Um Sa'd y la guerra que terminó*

La mañana era triste. El sol incandescente detrás de los cristales era un círculo de fuego que se incendiaba bajo una cúpula de vacío aterrador. Nos recogíamos dentro de nosotros mismos. Igual que recogimos nuestras banderas.

De repente la vi acercándose desde lo alto del camino rodeado de olivos. Sobre ese marco de vacío, de silencio y de tristeza parecía surgida del vientre de la tierra. Me puse de pie y me detuve frente a la ventana abierta de par en par. Observé su esbelta figura de lanza empuñada por un poder oculto.

Vino mi esposa, se paró a mi lado y miró hacia el camino: “ahí viene Um Sa'd. Ya llegó”.

Como los golpes del reloj. Esta mujer viene siempre, sale del corazón de la tierra como si ascendiera por una escalera sin límites. Mientras contábamos sus pasos le dije a mi esposa: "¿qué crees? ¿Cómo se sentirá Um Sa°d ahora?"

Y me dije: "no sé". La esperaba para enterarme de algo. A nuestras espaldas se apilaban las armaduras rotas de los soldados sobre la arena abandonada. Las filas de los emigrados abrían nuevas distancias. Había escuchado el ruido de la guerra en la radio. También allí escuché el silencio de los combatientes. Apoyada detrás de mí, sobre la mesa, se lamentaba como una viuda. Con su voz derrotada teñía de insignificancia todas las cosas del cuarto: la biblioteca, el sofá, la esposa, los niños, el plato de comida, los sueños futuros. Y decoloraba la tinta.

Mi esposa me dijo:

—Um Sa°d desapareció desde el comienzo de la lucha. Allí vuelve al ritmo de la derrota. Han luchado por ella. Cuando ellos pierden, ella pierde dos veces. ¿Qué crees que nos dirá ahora? ¿Por qué viene como si quisiera escu-pirnos la cara? ¿Cómo habrá visto el campamento cuando lo dejó esta mañana?

Las preguntas quedaron flotando en el aire, como polvo que no se posa. Y casi las vi, angulosas y puntiagudas, afiladas como navajas, nadando en aquel haz de rayos de plata que el sol desparramaba en medio del cuarto, mientras Um Sa°d subía por el camino hacia nosotros, con el pequeño atado que siempre llevaba consigo. Caminaba erguida como una bandera sostenida por un brazo invisible.

Um Sa°d entró y el olor del campo se desparramó por el cuarto. Se veía igual que diez días antes. Solamente diez días. ¡Dios, cómo cambian las cosas y cuántos castillos caen en diez días! Dejó su mísero atado en el rincón y sacó de él una raíz que parecía seca. Me la tendió:

—La corté de una vid que me encontré en el camino. Te la plantaré junto a la puerta. En pocos años comerás uvas.

La di vuelta entre mis dedos. Parecía una madera frágil, oscura e inútil. Y le dije:

—¿Es este el momento Um Sa'd?

Comenzó a arreglarse los lazos de su chai blanco alrededor de la cabeza, como siempre que se ponía a pensar en otra cosa.

—No sabes nada de vides. Son plantas generosas. No necesitan mucha agua. Demasiada agua las arruina... Me dirás: ¿cómo?

Te lo diré. La vid toma su agua de la humedad de la tierra y de la humedad del aire. Y da muchísimo.

—Una rama seca...

—Parece. Pero, pero es una vid.

—No tiene importancia...

Y de repente:

—Terminó la cosa, ¿no es así?

—Sí.

—Si tú lo dices...

Se dio vuelta, se fue a la terraza. La seguí con pasos lentos:

—¿Cómo estaba el campamento hoy?

De repente me miró y toda la historia se me apareció sobre su frente del color de la tierra. Extendió sus manos hacia mí.

—La guerra empezó y terminó en la radio. Cuando terminó me levanté para romperla. Pero Abu Sa'd me la sacó de las manos. ¡Ay, primo, ay!

Se reclinó sobre la varanda de la terraza. Se puso a mirar los campos de olivos que cubrían la falda de la colina. Extendió una mano por encima de ellos.

—Tampoco los olivos necesitan agua. La toman de lo profundo de la tierra, de la humedad de los terrones.

Me miró.

—Sa'd fue pero lo detuvieron. Y yo creía que llevaba dos días luchando. Esta mañana supe que que estaba preso. ¡Qué vergüenza!

Y yo me preguntaba: ¿y si estuviera muerto...?

De repente se quedó en silencio.

—¿Cómo supiste que estaba preso?

—El lunes por la mañana escuchamos la radio. Tomó sus cosas, reunió a sus compañeros y se fueron del campamento como efrits. Te quiero decir que lo seguí. Tomé un atajo y le salí al encuentro junto a la entrada del campamento. Le hice oír mis gritos de alegría. Siguió riéndose hasta que desapareció de mi vista... Pero ¡ay desgracia!, no llegó. Lo apresaron.

—¿Y ahora?

—El mujtar fue a ver. Vino esta mañana y me dijo: "no temas, Um Sa'd. Volveré con él". ¡El muy tonto! Cree que eso es lo que quiero. ¡Tonto! Cree que eso es lo que Sa'd quiere. ¿Sabes? El mujtar volverá esta noche y me dirá: "tu hijo es un muchacho terco. Lo saqué de la cárcel, se me escapó hacia la montaña y cruzó la frontera...".

—¿Cruzar la frontera hacia dónde?

Me pareció que señalaba con el brazo en alguna dirección. Luego lo bajó mecánicamente. Se puso a girar sobre sí misma. Señalaba las cosas. Comencé a contar cada cosa que señalaba su brazo cobrizo: la biblioteca, el sofá, los niños, la esposa, el plato de comida, yo.

En un primer momento no entendí. Parecía como si los movimientos de su brazo designaran algo complicado que su mente sencilla no podía alcanzar. Volví a preguntar:

—¿Cruzar la frontera hacia dónde?

Y vi en el rincón de sus labios aquella sonrisa que nunca antes había visto y que me seguiría imponiendo a partir del instante en que la vi allí por primera vez. Igual que una lanza en ristre. Esta vez no movió los brazos.

—Como si no lo supieras. Como si no lo supieras. Sí... ¿Hacia dónde cruzó la frontera? Eso preguntas, eso preguntan ellos... ¿Por qué no tomaste tu desayuno?

Me sorprendió la pregunta. Me di vuelta hacia donde estaba el desayuno, a la espera de mi hambre. De un hambre prisionero tras una puerta sellada por el óxido de la derrota.

Um Sa'd volvió a golpear a esa puerta.

—¿Por qué no tocaste tu desayuno? Yo tampoco tomé el mío. Espero algo que me abra el apetito, no sólo de comida sino también de vida. ¿Entiendes? Y no hay nadie que pueda hacerlo más que Sa'd.

Permaneció callada unos momentos. Después murmuró como para sí:

—¿Sabes? Si esta noche Sa'd vuelve a casa, si vuelve, no podré comer... ¿Te das cuenta ahora por qué tiene que cruzar la frontera?

Y otra vez el brazo volvió a señalar. Dio vueltas sobre la biblioteca, el sofá, los niños, la esposa, el plato de comida y yo. Y siguió apuntando hacia mí, tenso como un puente, como una barrera.

—¿Y tú qué harás, primo? Pasaron veinte años y ayer cuando oí en la radio que la guerra había terminado me acordé de ti y me dije: tengo que visitarlo. Si Sa'd hubiera estado aquí me hubiera dicho: "esta vez le toca a él".

No esperó mi respuesta. Regresó al cuarto y tomó la raíz de la mesa. Se puso a contemplarla como si en ese instante la viera por primera vez.

Caminó con lentitud hacia la otra puerta mientras decía:

—La plantaré y verás cómo dará uvas... ¿Te dije que no necesita agua y que exprime los terrones en lo más profundo de la tierra y bebe?

Mientras atravesaba el corredor la vi alta y arrogante como lo había sido siempre. Y no sé por qué me puse a pensar en el mujtar que había corrido a sacar a su hijo de la cárcel.

—¿Te dijo el mujtar cómo va a sacar a Sa'd de la cárcel?

Desde el fondo del corredor me enfrentó. Delante de la puerta abierta parecía un gigante que hubiera entrado con la luz del sol. No podía verle la cara con claridad pero la oí decir:

—¿Sigues pensando en el mujtar?

\*

—¿No te dije?

Estas fueron sus primeras palabras la mañana siguiente. Había venido temprano, como de costumbre. Yo había dormido hasta tarde. Pero no esperó y me sorprendió en la cama. Siguió diciendo:

—¿No te dije que no pensaras en el mujtar? ¿Sabes lo que pasó? Fue y quiso que cada uno de ellos le firmara un papel prometiendo que serían razonables. Pero ellos se negaron y lo echaron.

—¿Quiénes?

—Sa<sup>d</sup> y sus compañeros. El mujtar me dijo que se rieron de él y que Sa<sup>d</sup> le preguntó: “¿qué quiere decir razonables?” El mujtar dijo que estaban todos amontonados en una celda y que se pusieron a reír. Que alguien que estaba entre ellos y que él no conoce le dijo: “quiere decir quietos y tranquilos”. Un tercero dijo: “quiere decir que nos darán una bofetada y daremos las gracias”. Y entonces Sa<sup>d</sup> se puso de pie y le dijo: “querido, razonables quiere decir que lucharemos. Eso quiere decir”.

Resplandecía de felicidad y se sentó en la silla.

—¡Qué muchachos! El mujtar me contaba la historia y yo me reía para mis adentros. Finalmente le dije: “agradece a Dios que no te pegaron. Agradece al señor por conservar la salud.” Y se enojó.

—¿Y se negaron a firmar el papel?

—Por supuesto que se negaron... Le dijeron al mujtar: “estás loco” y se enojó. Especialmente cuando les preguntó si querían algo del campamento y Sa<sup>d</sup> le dijo: “saludos a la familia, hijo”.

Se enojó porque es mayor que Sa<sup>d</sup>. Tiene la edad de su padre y me dijo que Sa<sup>d</sup> le faltó el respeto. Que le dijo “hijo” como si fuera un niño.

—¿Y tú qué le respondiste?

—Le dije que Sa<sup>d</sup> tiene un corazón de oro y que no quiso humillarlo cuando lo llamó “hijo”. Lo que quiso decir es que ahora era su turno...

—Um Sa<sup>d</sup>, quisiste... arreglar las cosas y las empeoraste.

—¿Yo? Pero si lo hice a propósito...

—¿Y ahora qué va a hacer Sa'd? ¿No sería preferible que saliera de la cárcel?

Se paró y al mismo tiempo se puso la sonrisa en el rincón de la boca.

—Bueno, tú no estás preso. Y sin embargo ¿qué haces?

Los periódicos estaban desparramados por el suelo. La radio había quedado prendida durante la noche y comenzó a recitar un noticiero. Um Sa'd me echaba una mirada a mí y otra a la radio. Y me pareció que la mirada, en su ir y venir, levantaba entre nosotros barras de hierro que mis manos eran incapaces de mover.

—¿Crees que nosotros no vivimos en una prisión? ¿Qué hacemos en el campamento sino pasearnos en una extraña prisión? Hay muchos tipos de cárceles, primo. Muchos. El campamento es una cárcel. Y el periódico y la radio. El autobús, la calle, los ojos de la gente... Toda nuestra vida es una cárcel, los últimos veinte años lo han sido. El mujtar es una cárcel... ¿Tú hablas de cárceles? Toda tu vida has estado preso. Te engañas pensando que los barrotes de la cárcel en que vives son floreros, primo. Una cárcel, una cárcel, una cárcel. Tú mismo lo eres. ¿Por qué piensan que Sa'd es el que está preso? Preso porque no firmó un papel diciendo que será razonable... razonable. ¿Quién de ustedes es razonable? De una manera u otra todos ustedes firmaron ese papel, y sin embargo, ustedes son los presos.

Me puse de pie y estaba temblando. Era la primera vez que la veía tan exaltada.

—Cálmate, Um Sa'd... Yo no quise decir nada.

Me habló con calma:

—Ahora todos dicen yo no quise decir nada... ¿Y por qué pasó lo que pasó? ¿Por qué? ¿Por qué no les dejan paso a los que sí quieren decir algo? ¿Por qué tú no quieres decir nada?

—Oye... Yo sé que Sa'd saldrá de la cárcel. De todas las cárceles. ¿Entiendes?

*La diferencia entre una tienda y otra*

Um Sa'd, la mujer que vivió con mi familia en *Gabasiya* un sinnfín de años, que vivió después en los campamentos más tiempo que el que nadie podría soportar sobre sus hombros, aún sigue viniendo a nuestra casa todos los martes. Mira las cosas, percibiéndolas en sus esencias propias. Me mira como a su hijo. Despliega ante mis oídos la historia de sus miserias, la historia de sus alegrías, la historia de sus fatigas. Pero nunca se queja.

Ha de estar en los cuarenta, más fuerte que una piedra, más paciente que la paciencia. Se pasa los días de la semana entre idas y venidas. Vive diez veces su vida entre cansancio y trabajo para arrancar limpiamente su comida y la comida de sus hijos.

La conozco desde hace años. Es algo indispensable para el transcurso de mis días. Cuando golpea la puerta de la casa y deja sus pobres cosas en la entrada se llena mi cabeza del olor de los campamentos, con sus miserias, con su firmeza de siempre, con sus sufrimientos y sus esperanzas. Regresa entonces a mi boca la amargura que mastico hasta el vértigo año tras año.

El martes pasado vino como de costumbre. Dejó sus pobres cosas y se volvió hacia mí:

—Primo, tengo algo que decirte. Sa'd se fue.

—¿A dónde?

—Con ellos.

—¿Quiénes?

—Con los fedayines.

Y cayó entre nosotros un silencio expectante. De repente la vi sentada en aquel lugar, vieja y fuerte, desgastada por el trabajo. Tenía las manos cruzadas sobre la falda. Las veía allí, como dos trozos de leña seca, cansadas como un tronco viejo. En los surcos cavados por incontables años de trabajo, vi su arduo viaje junto a Sa'd, desde que era niño hasta que se hizo hombre. Esas dos ma-

nos sólidas lo conocían como la tierra conoce el tallo de hierba nueva. Y de pronto se abren y vuela el pájaro que vivió entre ellas veinte años.

—Se unió a los fedayines.

Yo seguía mirándole las manos, hundidas allí, como sumidas en la desgracia, gritando desde su interior, corriendo tras el que va hacia el peligro y lo desconocido. Dios mío, ¿por qué las madres deben perder a sus hijos? Por primera vez veo eso que rompe el corazón con el toque de una sola palabra. Como si viviera una tragedia griega, siendo testigo de esa pena que no tiene remedio.

Traté de confundirla y de perderme a mí mismo.

—¿Qué te dijo?

—No me dijo nada. Simplemente se fue. Por la mañana un compañero suyo me dijo que se había ido con ellos.

—¿Y no te había dicho antes que se iría?

—Claro que sí. Ya me lo había dicho dos o tres veces.

—¿Pero no le creíste entonces?

—Sí, se lo creí. Conozco a Sa<sup>c</sup>d y sabía que se iría.

—¿Por qué te sorprendes entonces?

—¿Yo? No me sorprende. Te estoy informando lo que pasó. Me dije: él quería tener noticias de Sa<sup>c</sup>d.

—¿Y no estás triste o enojada?

Movió las manos cruzadas sobre la falda. Las vi hermosas, fuertes, poderosas, siempre prontas a hacer algo y dudé que hubieran estado llorando.

—No. Esta mañana le dije a mi vecina: ojalá tuviera diez como él.

Estoy cansada, primo. Me he pasado la vida en ese campamento. Todas las mañanas me digo ¡oh señor! y todas las noches ¡oh señor! Y así han pasado veinte años. Si Sa<sup>c</sup>d no va, ¿quién va a ir?

Se puso de pie. En el cuarto corría un aire de simpleza. Las cosas parecían más familiares. Otra vez vi en ella las casas de *Gabasiya*. Fuimos juntos hasta la cocina y entonces se rió mientras me miraba:

—A la mujer que se sentó a mi lado en el autobús le

dije que mi hijo se había hecho combatiente (el timbre de su voz tenía algo diferente y por eso lo recuerdo ahora). Le dije que lo quería y que lo iba a extrañar pero que él había salido igual a su madre... ¿Crees que le darán armas?

—Siempre les dan armas a sus hombres.

—¿Y la comida?

—Comen lo suficiente y también les dan cigarros.

—Sa'd no fuma pero estoy segura de que allá aprenderá ¡Luz de mis ojos! Me gustaría estar cerca de él y cocinarle y llevarle todos los días su comida.

—Come lo mismo que sus compañeros.

—¡Que dios los proteja!

Se calló un instante, se dio vuelta y me enfrentó.

—¿Crees que se alegrará si voy a visitarlo? Puedo ahorrar para el pasaje e ir allá dos días.

Se acordó de algo y terminó:

—¿Sabes? Los niños me tienen atada. Si no tuviera que cuidar esos dos... Viviría con él allá. ¿Las tiendas? Todas las tiendas son iguales. Viviría con ellos Les haría su comida. Yo misma los serviría. Pero los niños me atan...

—No es necesario que vayas a visitarlos. Deja que se arregle solo. Los hombres que se unen a los fedayines no necesitan a su madre.

Se frotó las manos con el delantal y en el fondo de los ojos le vi algo parecido al desengaño. Aquel instante terrible en el que una madre siente que ya no es indispensable, que es una cosa abandonada, carcomida por el uso.

Se me acercó:

—¿Lo crees de verdad? ¿Crees que sería inútil que yo fuera con su jefe y se lo encargara?

Vaciló un instante, como si pesara el dolor que la agobiaba.

—¿O crees que tú podrías encargárselo al jefe? Le dirás: fíjate en Sa'd. Y que dios guarde a tus hijos.

—¿Cómo? Nadie puede recomendar a los fedayines.

—¿Por qué?

—Tú crees que su jefe planea las cosas para no exponerlo al peligro. Pero para Sa'd y sus compañeros la mejor recomendación es que los manden al frente de inmediato.

Otra vez se sentó. Parecía más fuerte que nunca. En sus ojos y en sus manos gruesas, la incertidumbre de la madre y su desgarramiento. Y llegó su decisión.

—Te diré. Tú le recomendarás al jefe que no lo irrite. Dile: Um Sa'd te hace jurar por tu madre que le darás a Sa'd lo que quiera. Es un muchacho bueno y cuando quiere algo y no se lo dan se pone triste. Dile, por favor, que le dé lo que quiera. ¿Quiere ir a la guerra? ¿Por qué no mandarlo?

### *La lluvia, el hombre y el barro*

La mañana del martes fue lluviosa. Um Sa'd entró choreando agua. Sus cabellos estaban mojados y le caían sobre la cara. Parecían tierra regada. Tomé el impermeable mientras ella dejaba su desteñido paraguas en el rincón. Como un sable cansado.

—Esto no es lluvia, primo. Está cayendo agua a baldes.

Sonrió. Al darse vuelta vi que una franja de barro rojo rodeaba el borde su vestido.

—¿Qué pasó, Um Sa'd? ¿Te caíste?

Se volvió hacia mí con rapidez.

—¿Caerme? Um Sa'd no se cae nunca. ¿Por qué?

—Tienes barro en la falda.

Frotó el barro con los dedos toscos pero lo dejó estar cuando se dio cuenta de que aún estaba fresco.

—Ayer por la noche se inundó el campamento. ¡Maldita sea!

Frente a mí tembló la montaña. Lágrimas profundas comenzaron a abrirse camino. He visto mucha gente llorando. He visto lágrimas en incontables ojos. Lágrimas de frustración, de desesperanza y de derrota. De dolor, de tristeza y melancolía. He visto lágrimas de súplica, de re-

sistencia impotente, de cólera inútil. Lágrimas de arrepentimiento y de cansancio. De nostalgia, de hambre y amor. Pero nunca, nunca, habían sido como las de Um Sa<sup>d</sup>. Aparecieron como un manantial que espera desde el principio del tiempo para abrirse un camino en la tierra. Como se desliza la espada fuera de la funda silenciosa. Me quedé parado allí, frente al brillo de aquellos ojos desafiantes. Nunca en mi vida he visto llorar al ser humano como lo hacía Um Sa<sup>d</sup>. El llanto le brotaba por todos los poros de su piel. La tomé por los hombros. Sollozaba en voz alta. Sus cabellos chorreaban lágrimas. Sus labios, su cuello, los desgarrones de su exhausto vestido, su frente alta y aquel lunar colgado del mentón como una bandera. Pero no sus ojos.

—¿Y ahora qué Um Sa<sup>d</sup>? ¿Por qué lloras?

—No lloro, primo. Ojalá pudiera. Ya hemos llorado mucho, mucho. Tú sabes... La mañana en que Sa<sup>d</sup> se fue nuestro llanto fue más copioso que el agua caída ayer en el campamento. Ahora lleva un fusil y le llueven agua y balas. Ahora nadie llora. Pero yo, primo, me he vuelto vieja. Comienzo a cansarme. Me pasé toda la noche metida en el barro y el agua. Veinte años...

Los sollozos le llegaron a la garganta y le impidieron hablar. Casi pude oír cómo hundía su agonía en el pecho destrozado por penas y fatigas.

—¿Qué puedo decirte, primo? Por la noche sentí que estaba cerca del fin... Pero ¿qué sentido tendría? Quiero vivir hasta verla. No quiero morir aquí, entre el barro, la mugre y las cocinas... ¿Lo entiendes, primo? Tú sabes cómo escribir esas cosas. Yo jamás fui a la escuela. Pero los dos sentimos igual. ¡Dios mío! ¿Qué puedo decir? Anoche pensé en eso y encontré las palabras apropiadas. Pero en la mañana las olvidé. Bueno... Tú escribirás lo que se te ocurra. Yo no sé escribir pero te mandé a mi hijo. Y yo repetí lo que tú decías. ¿No es así?

Y entonces sentí el golpe de esa espada que de repente sale de una palabra simple, que nos perfora el pecho con

la velocidad de una bala, con la capacidad de dar en el blanco que tiene la verdad. Por un momento la franja de barro oscura, suspendida del borde de su vestido, me pareció una corona de espinas.

—Ven, Um Sa'ā. Siéntate aquí. Estás cansada, eso es todo. Quizás sea la nostalgia y la preocupación por Sa'ā lo que te ha hecho doler la cabeza. Y también el tiempo. Te sientes mal porque sabes que la lluvia va a durar todo el día y tendrás que trabajar acarreando barro toda la noche. Ven a sentarte. No dejes que eso te rinda.

Se sentó y lanzó el suspiro de los humanos cuando quieren que el aire fresco aleje las nubes negras de sus pechos.

—No, primo. ¿Sabes lo que hacía Sa'ā cuando se inundaba el campamento? Se quedaba parado observando cómo los hombres quitaban el barro. Les decía: “Esta noche el barro los sepultara. Una vez su padre le respondió: “¿Por qué dices eso?” ¿Qué quieres que hagamos? ¿Crees que hay una llave en el cielo y que nada más debemos cerrarla?” Todos nos reímos. Pero cuando lo miré le vi en la cara algo que me asustó. Se había puesto a pensar. Era como si el pensamiento le gustara. Como si fuera a ir el día siguiente a cerrar esa llave.

—¿Y entonces se fue?

—Entonces se fue.

Y me miró directamente a los ojos... Increíble retirada. El diluvio de lágrimas en que había flotado se iba alejando y ella brillaba como brillan las cosas desde adentro.

—Sabes, primo. No estoy preocupada por él. No, no es verdad. Estoy preocupada. O sí y no al mismo tiempo. Quizás tú que fuiste a la escuela sepas cómo se llama este sentimiento. Recién ayer vino un compañero suyo y me dijo que estaba bien.

—¿Fue a tu casa?

—No le vi la cara. Era noche cerrada y estábamos ocupados con el barro y con el agua. Entonces llegó y se paró a mi lado. Era un gigante. ¡Qué muchacho! Me dijo: “Sa'ā

te manda saludos. Está bien. Mañana te regalará un automóvil". Y se fue.

—¿Te va a regalar un automóvil?

—¡Claro! ¿No sabes? Quiere decir que va a volar un automóvil.

—¿Y lo ha hecho?

—¿Qué? Sa'd no dice nada que después no cumpla. Lo conozco bien.

Afuera, el sol se abría camino entre las nubes grises, como el arado en los surcos de la tierra. Y enviaba sus rayos tibios al cuarto. ¿Era casual que el sol cayera sobre la cara de Um Sa'd? Sonrió y parecía fuerte y joven como siempre.

Esperé hasta la noche para oír el anuncio de la caída de un auto israelí en una emboscada. Y esperé con ansiedad el buen final de la noticia: "Los fedayines regresaron ilesos a sus bases". No sé por qué me fui en seguida al campamento. En un pantano de barro encontré a Um Sa'd, parada igual que un faro en un mar de oscuridad sin límites. Vio que me acercaba y me hizo señas con la mano. Su voz resonaba más que el trueno en la bóveda celeste y el eco se desparramaba en todas direcciones como una catarata.

—¿Viste? Te dije que Sa'd le regalaría un carro a su madre.

Estaba lloviendo. En ese momento la llovizna ruidosa era tan sólo agua que sale volando delante de un bote audaz, abriéndose camino como el destino.

### *Detrás del escudo*

La sonrisa le llenaba la cara. Um Sa'd dejó sus pobres cosas en el rincón y dijo:

—Vino Sa'd.

Dio vueltas por el cuarto mientras afuera los ruidos preparaban la fiesta. Se sentó como siempre, poniendo las manos sobre la falda, cruzadas una sobre otra, en esa imagen única que parecía un abrazo apretado. Frente a mí

relampaguearon los ojos de Saʿd detrás de su pequeño cañón, acercándose manchado por el polvo de las largas noches de ausencia.

Y le pregunté:

—¿Estuvo ausente un año?

—¡No! Fueron nueve meses y dos semanas. Vino ayer...

—¿Y se va a quedar?

—No. Le cosieron el brazo. Fue sólo una bala.

Se levantó la manga y me mostró cómo la bala le había abierto la carne del brazo, desde la muñeca hasta el codo. En su brazo fuerte y cobrizo, del mismo color de la tierra, vi cómo pueden las madres aliviar a los combatientes. Por un instante me hizo pensar que estaba viendo la huella de una antigua herida, cicatrizada pero presente, que iba de la muñeca al codo de Um Saʿd.

—¿Tú también?

—Ah, esta es una vieja herida. De la época de Palestina... Un chacal se robó un pollo y lo arrastré por debajo de un alambre de púas y le rompí el cuello. El alambre me hizo la herida.

—¿Y Saʿd?

—Dice que regresará cuando se le cierre la herida.

Y observé para mis adentros cómo decía "regresará" y no "se irá". Pero no pensé mucho. Um Saʿd me había enseñado muchas veces cómo se deforma el vocabulario de un exiliado y cómo lo hace parte de sí mismo como la tierra a la hoja del arado.

—¡Dios lo guarde! Llevaba el brazo como quien lleva una condecoración. Dice que era el jefe de su grupo y que siempre le preguntaban: "¿Por qué das pasos tan largos Saʿd?" Siempre iba adelante. Yo le dije: "¡Hijo de tu padre!"

—¿Te extraña mucho?

—¿Quién? ¿Saʿd? ¡Qué muchacho! Apenas me echó una mirada y me dejó. Entonces le dije: ¿Qué, Saʿd, no miras ni besas a tu madre después de esta ausencia?" ¿Sabes lo que dijo?: "Pero si te vi allá". Y se rió.

—¿Cómo que te vio allá?

—Estuvo en Palestina. Se internó mucho y siguió caminando una semana o más con cuatro de sus compañeros. Dijo que llegó muy cerca del pueblo. Entonces se escondieron entre las plantaciones. No entiendo por qué. El contaba y yo le miraba a los ojos. ¡Qué muchachos! Me contaba y yo me decía: estuvo allá. No entiendo por qué se escondieron entre las plantaciones... Me dijo que...

\*

Tuvieron hambre y empezó a diluviar. Cuando se tiene un arma en la mano se sacrifica el olor del pan. Eso dijo Sa<sup>d</sup>. Estaban rodeados. Pero se mantuvieron tranquilos en su escondite, contaban con que el sitio se acabaría en unas horas. El cerco duró días hasta que el hambre los debilitó. Finalmente tuvieron que elegir: o seguir escondidos, muriéndose de hambre, doblándose por el dolor que había empezado a atenacearlos y que no sabían cuánto duraría, o dejar que uno de ellos intentara la aventura de ir a una aldea cercana.

La elección era difícil, dijo Sa<sup>d</sup>. Optaron por esperar hasta la noche para tomar una decisión.

Al mediodía Sa<sup>d</sup> le dijo a sus compañeros: "Ahí viene mi madre."

Los hombres miraron hacia el estrecho camino que descendía de la colina como una serpiente. Allí vieron a una mujer con su largo y negro vestido de campesina. Bajaba aproximándose a ellos. Llevaba un atado en la cabeza y en la mano un manojo de tallos verdes.

Les pareció una vieja, de la edad de Um Sa<sup>d</sup>, de su misma estatura y con su misma figura sólida y esbelta. En el silencio que cubría todo como el silencio de la muerte, el repiqueteo de las piedritas debajo de sus pies descalzos se escuchaba como un murmullo.

Uno de los cuatro dijo:

—¿Tu madre? Tu madre está en el campamento, hermano. El hambre te ha vuelto ciego.

Y dijo Sa'd:

—Ustedes no conocen a mi madre... Ella siempre me sigue... y esa es mi madre.

La mujer llegó a un lado del escondite y siguieron escuchando el roce de su largo vestido bordado con hilos rojos. Sa'd la miró a través de las moreras que los ocultaban. Y de repente la llamó:

—¡Madre! ¡Madre!

La mujer se detuvo un instante. Llevó la vista hacia los campos silenciosos a su alrededor. La seguían observando en silencio y uno de ellos tomó a Sa'd del brazo y se lo apretó para prevenirlo. Un momento, otro instante. La mujer se quedó perpleja. Luego volvió a caminar.

Dos pasos, tres pasos, y Sa'd volvió a llamarla:

—¡Madre! ¡Contéstame!

La mujer se detuvo una vez más. Miró confusa a su alrededor. Como no vio nada se bajó el atado de la cabeza y lo dejó en el suelo. Sobre él depositó el manojito de tallos verdes. Con las manos en la cadera examinó la espesura a su alrededor.

Dijo Sa'd:

—Madre, aquí estoy.

La vieja se dio cuenta de dónde salía la voz y miró hacia allí un momento. Pero no vio nada. Finalmente se dio vuelta y tomó una rama a la que le quitó las hojas.

Caminó dos pasos hacia ellos, se detuvo y llamó:

—¿Por qué no sales y te dejas ver?

Los hombres miraron a Sa'd que vaciló un instante. Entonces se colgó el arma al hombro y caminó con calma hacia la mujer.

—Soy Sa'd, madre. Tengo hambre.

La campesina vio que el bosque espinoso daba a luz a un joven y la rama se le cayó de las manos. Sa'd se aproximaba con su kaki y el arma al hombro. Los compañeros preparaban los rifles. Sa'd se acercó a la vieja.

—¡Que tus enemigos se mueran de hambre! Ven con tu madre.

Sa°d se acercó más. Su andar era seguro, el arma colgada al hombro seguía balanceándose indiferente. Cuando estuvo a un paso la mujer abrió los brazos y lo atrajo hacia sí: querido mío... hijo mío... ¡Dios te guarde!

—Madre, quiero comer...

La mujer se dio vuelta y le tendió el atado. Cuando Sa°d lo tomó vio lágrimas en sus ojos.

—Júrame por el profeta que no llorarás, madre.

—¿Tus compañeros están contigo? Dales de comer. Cuando oscurezca vendré hasta aquí y dejaré las provisiones en el camino. ¡Dios los guarde, hijos míos!

Sa°d volvió con las provisiones. Sus compañeros no vieron sorpresa alguna en su cara. Comieron y uno de ellos dijo:

—Debemos cambiar de posición. Volverá con el ejército.

Però Sa°d no contestó inmediatamente:

—Es mi madre, ustedes mismos lo vieron. ¿Cómo va a volver con el ejército?

Por la noche regresó la vieja y dejó las provisiones. Lo mismo hizo al amanecer y cada vez Sa°d volvía a llamarla desde atrás de los arbustos:

—¡Que dios bendiga tus manos, madre!

Y la oían decir:

—¡Dios te guarde, hijo mío!

\*

Dijo Um Sa°d:

—Esa vieja mujer los alimentó durante cinco días... Sa°d me contó que no se retrasaba ni una hora. Hasta que se levantó el bloqueo. Vino, dejó las provisiones y gritó: "El ejército se fue... ¡Que dios les dé suerte!"

Um Sa°d volvió a cruzar las manos sobre la falda. Eran como dos criaturas que se abrazaban estrechamente: 'Sa°d me dice que me vio allá. Si yo no les hubiera dado de

comer, se hubieran muerto de hambre. Si yo no hubiera pedido a Dios por él, lo hubiera matado la bala que le limpió la carne del brazo.'

Se puso de pie. Por el cuarto se desparramó el olor del campo en el que Sa'd se había escondido, protegido detrás de aquel escudo increíble:

—Regresará cuando sane su herida. Me dijo que no me extraña mucho porque me ve siempre allá... ¿Qué quieres que le diga?... Le dije: "¡Que dios esté contigo y te proteja!"

Se volvió. Un paso, dos pasos y de repente me oí llamándola:

—¡Madre...!

Y se detuvo.